

Belleza confinada

Rechazó el ofrecimiento mediante un gesto. El Caballero anciano de El Greco estaba cansado de tanto pensar y no quería charlar aquella noche con el Prometeo de Rubens, su fiel amigo y compañero de exposición.

Ese día, como cualquier otro, Prometeo estaba allí, colgado en su sitio, con su pose, su expresión, su color..., pero sentía que había sido creado para algo diferente. Su corazón de obra de arte se había rebelado ante las miradas vacías de los visitantes, que acudían allí como consumidores de un conocimiento y una belleza que no llegaban a descubrir.

Entonces, el inquieto Prometeo buscó a otro compañero a quien le apeteciera hablar. Con la Rebeca de José de Ribera no halló resistencia para saltarse las normas y charlar pasado el toque de queda. Al escucharlos, otros se fueron uniendo, como el Ícaro de Matisse, y así estuvieron largas horas.

Llegó el siguiente día en el museo. Mucha gente acababa de entrar a visitar la exposición. Al cabo de unos minutos un murmullo creciente se dejó escuchar en cada una de las salas que la componían. ¿Qué estaba pasando allí? Muchos no daban crédito a sus ojos cuando vieron a la Virgen de Maratti con el pañuelo rosa de María Luisa de Parma, de Mengs, o a Isabel la Católica, de Luis de Madrazo, con los anteojos de la mujer que pintó Palmaroli González. Aquello era un despropósito. Los visitantes se agolpaban para pedir explicaciones en el mostrador de atención al público, pero nadie podía aclarar lo que allí estaba ocurriendo.

La noticia no tardó en saltar a los medios y la exposición se clausuró. Expertos de todo el

mundo fueron convocados esa misma tarde. Se examinaron las obras una a una, pero nadie pudo explicar cómo había ocurrido aquello. Sólo se constató que las pinturas se habían mezclado unas con otras produciéndose un intercambio de expresiones, colores, objetos... como cuando en un íntimo abrazo se toma parte de la alegría o del dolor del otro.

Y la cosa no acabó ahí. En la reunión nocturna de aquel día, Durero, que era a la vez creador y creación, se ofreció para pintar elementos nuevos a cada uno de sus compañeros. Tomando como ejemplo las tendencias en la moda que contemplaba en los visitantes del museo, empezó a adaptar cada obra a los cánones actuales.

Los medios volvieron a hacerse eco de lo ocurrido. Todo aquello sobrepasaba los límites de la razón. Sin embargo, a pesar del revuelo general, las obras de arte no habían logrado el objetivo marcado en sus conciliábulos nocturnos. Las miradas de los visitantes eran ahora morbosas, sorprendidas..., pero seguían siendo superficiales. Sólo entonces fueron conscientes de que la clave para mostrar su hermosa alma no estaba en llamar la atención ni en ajustarse a la moda del momento, tan efímera como siempre, sino en la mirada del espectador. Y como no estaba a su alcance cambiar las miradas, aquellas custodias de la beldad decidieron volver a intercambiarse las prendas u objetos prestados, y Durero tuvo que trabajar intensamente para dejar las cosas como estaban.

Poco a poco, se dejó de hablar sobre la enigmática exposición y la noticia se esfumó de la mente de todos.

Las obras de arte tuvieron que seguir siendo objeto de muchas miradas apresuradas, groseras, torpes... El testarudo *Prometeo* de Rubens seguía empeñado en devolver a

aquellas personas la capacidad de contemplación, pero finalmente se dio cuenta de que esa tarea no sólo era mucho más difícil que la de recuperar para los mortales el fuego del que habían sido privados por Zeus, sino de que además, no le correspondía a él llevarla a cabo. Quienes tenían más probabilidades de éxito en aquella misión eran todos los implicados de algún modo en la educación. Prometeo y sus amigos depositaron en ellos sus esperanzas y aprendieron a disfrutar de las ocasiones en que unos ojos entraban en su recinto más íntimo, allí donde guardaban su tesoro máspreciado.